

La emergencia de la novela en Argentina

La prensa, los lectores y la ciudad (1880-1890)



Fabio Espósito

AM
Ediciones
Al Margen



Fabio Esposito (1967) es Doctor en Letras (Universidad Nacional de La Plata). Es investigador del CONICET y docente de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP). Ha publicado numerosos artículos sobre literatura argentina en revistas especializadas y ha colaborado en diversos volúmenes colectivos como *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-1920)*, dirigido por José Luis de Diego, *Historia de los intelectuales en América Latina* dirigido por Carlos Altamirano e *Historia Crítica de la Literatura Argentina*, dirigido por Noé Jitrik.

La emergencia de la novela en Argentina

LA PRENSA, LOS LECTORES Y LA CIUDAD (1880-1890)

Introducción

Este libro indaga el proceso de constitución del género novelístico en Argentina entre 1880 y 1890 y sus múltiples conexiones con los cambios económicos, sociales y culturales que se profundizan a partir de la consolidación definitiva del Estado nacional con la presidencia de Julio A. Roca.

La emergencia de la novela en Argentina tiene lugar principalmente en ese verdadero campo de disputas en torno de la formación de la opinión pública en que consiste la prensa porteña. En ese campo, el género se emplea para percibir y explorar los procesos de cambio social, pero también con el objeto de construir un espacio para la experiencia humana desde el cual juzgar la sociedad que da forma a esa experiencia y, al mismo tiempo, la transforma. Por este motivo, es acertado adjudicar las razones de la importancia inédita que cobra la novela en las dos últimas décadas del siglo XIX a algunas de las grandes transformaciones culturales que sacuden la sociedad argentina, entre las que se destacan la modernización de la prensa, el crecimiento de los centros urbanos, en particular la ciudad de Buenos Aires, y la expansión del público lector.

Cuando en 1882 Ernesto Quesada traza el panorama de lo que considera las dificultades del movimiento intelectual argentino, afirma que si bien en Buenos Aires se leen muchísimo los diarios, se editan pocos libros, debido a que el público dispuesto a consumir obras nacionales sería muy escaso, insuficiente para sostener la profesión literaria. Los diarios, interesados en el lucro y en la noticia escandalosa, no darían lugar, para Quesada, a la crítica de libros. Lograr que la gente se aficione a ese tipo de lecturas por medio de una crítica inteligente que encamine el gusto literario sería entonces, en su opinión, una tarea ya no de los diarios sino de las revistas literarias (1882a).

La brecha entre libros y diarios hizo mella en el modo de pensar la circulación de los productos impresos en nuestra cultura y concebir el diarismo como un obstáculo para la formación de una cultura literaria legítima pasó a ser un peligroso lugar común. Mientras que la emergencia de la novela popular ha sido vinculada con la difusión de los “folletines criollistas” en el diario *La Patria Argentina*, el surgimiento de la novela

nacional en el ámbito de la alta cultura ha sido asociado con la circulación de libros entre un público acotado que se mantiene más o menos sin alteraciones hasta la época del Centenario. No obstante, esta brecha entre diarios y libros de autores nacionales parece más un espejismo que una realidad, puesto que la división tajante entre una cultura selecta, articulada alrededor del libro, y una cultura popular que se expande hacia los nuevos territorios colonizados por la prensa, no contempla el hecho de que el núcleo más importante de las novelas de la alta cultura aparezca conformado por obras que fueron publicadas sobre todo en los folletines de los diarios porteños y luego promocionadas, criticadas y difundidas por esos órganos de prensa. En este sentido, el diario *Sud América* –fundado por Carlos Pellegrini con el objeto de contrarrestar los ataques del diario católico *La Unión* y combatir la candidatura a presidente de la nación del Gobernador de Buenos Aires, Dardo Rocha– aparece como el medio periodístico que impulsa con mayor energía el desarrollo de la novela culta nacional, puesto que allí se publicaron a lo largo de cuatro años los denominados “folletines del *Sud América*”, esto es, la única serie de novelas nacionales de la alta cultura de la época.

Si bien estas obras circulan luego como libros distribuidos en librerías, articulando un espacio definido por las relaciones familiares y amistosas de una esfera pública restringida, la presencia de novedosas modalidades de circulación de los textos impresos que se van organizando en torno de la prensa periódica constituye un dato no menor para pensar la emergencia de la novela en Argentina.

Lejos del desolador diagnóstico de Ernesto Quesada, los hombres de letras no sólo tienen un espacio en los diarios porteños, sino que lo deben compartir con las novelas populares de Eduardo Gutiérrez y sus epígonos. La letra impresa ya no es propiedad exclusiva de un grupo acotado de pares y la presencia de nuevas formas discursivas produce efectos que no se limitan tan sólo a las reacciones explícitas más o menos escandalizadas de algunos de sus miembros, sino que repercuten en sus prácticas literarias.

El crecimiento y la diversificación del público lector, acentuado después de la batalla de Caseros (1852) por el fortalecimiento del sistema educativo y la implementación de las campañas de alfabetización, así como también por el gran impulso que cobra el desarrollo del periodismo, que se va nutriendo de los nuevos lectores, son factores que propician la emergencia de la novela, de manera que la prensa provee, como señala Adolfo Prieto, “un novedoso espacio de lectura potencialmente compatible” (1988: 14) y

se presenta como un lugar donde los diversos públicos se ven las caras. El nuevo público cobra relevancia entre los sectores letrados más exclusivos porque, aun cuando no lea sus escritos, se manifiesta al menos como un problema que los hombres de letras deben afrontar.

La emergencia de la novela en Argentina, como hemos señalado, se vincula con la expansión de la prensa periódica, que no sólo incrementa sus lectores sino que también multiplica sus funciones: difunde y defiende las posiciones de las diferentes facciones políticas y, a la vez, informa lo que sucede en la ciudad, el país y el mundo, entretiene, promociona objetos de consumo, vende inmuebles, publicita remates de hacienda, instruye, moraliza y se transforma en un espacio en el cual se va modelando el imaginario de los habitantes de la ciudad. La prensa se constituye justamente en un agente modernizador de gran importancia y es en ese contexto donde se estudiará la formación del género novelístico.

Pensar en la prensa periódica como “administradora de bienes culturales” (Laera 2004) implica detenerse en la articulación de un discurso crítico que se despliega en las páginas de diarios y revistas y donde se destacan los nombres de Martín García Mérou, Pedro Goyena, Ernesto Quesada, Miguel Cané y Manuel Láinez. Una de las tareas desempeñadas con mayor éxito por estos críticos fue colocar la novela –género que hasta entonces no contaba con una vigorosa tradición en Argentina– en un lugar de privilegio en la red textual de la literatura nacional.

Incorporar la prensa periódica al estudio de la emergencia y constitución de la novela permite reconocer y analizar el conjunto de mediaciones que operan sobre los textos literarios. Véase, por ejemplo, el carácter de instrumento político que adquieren algunos de estos textos al difundirse a través de un diario como *Sud América* que, de acuerdo con su forma de financiamiento, su personal y su estilo, ha sido considerado como parte de la denominada “prensa política”. Pero también ayuda a distinguir el modo de resolver en el mundo ficcional las relaciones de los personajes, que guarda analogía con la manera que tiene la prensa política de considerar su vínculo con el público lector, concebido desde el contacto inmediato del rumor y la *causerie* antes que desde las relaciones abstractas con un lector anónimo y desconocido. Permite detectar, además, en diarios y novelas la representación de los nuevos estilos de vida de la elite social en vías de modernización, esto es, la analogía entre la publicidad de lo privado en la prensa y los materiales propios de la novela. Y, finalmente, ayuda a comprobar que los itinerarios trazados por las novelas para dar cuenta de

los problemas sociales que la ciudad encierra se realizan sobre un mapa diseñado previamente por los diarios.

Por último, la emergencia de la novela y los novelistas también puede indagarse en la construcción de imágenes de escritores, en los relatos de comienzos y en las ficcionalizaciones del acto de leer representados en los propios textos. Por cierto, en las escenas de lectura se configuran algunas de las cuestiones culturales y políticas más gravitantes, como la selección de tradiciones para la construcción de una literatura nacional, la formación del dirigente y la educación de las mujeres, así como también la nacionalización de los públicos lectores, la relación entre los letrados y el poder político y el papel de la cultura como un instrumento de homogeneización social.

Para el estudio de la emergencia y la constitución de la novela de la alta cultura hemos seleccionado un corpus de catorce novelas y diez novelistas. La más antigua, *Pot-pourri* de Eugenio Cambaceres data de 1882, la última, *Alma de niña* de Manuel T. Podestá, de 1892. Ocho de las catorce novelas elegidas fueron publicadas por primera vez en el folletín de algún diario o en una revista antes que en libro. De los diez novelistas incluidos, cuatro —Antonio Argerich, Lucio V. López, Martín García Mérou y Julián Martel— publicaron sólo una novela. El resto —Eugenio Cambaceres, Carlos María Ocantos, Segundo I. Villafañe, Enrique E. Rivarola, Paul Groussac y Manuel T. Podestá— más de una. El criterio de selección de los textos ha sido amplio. Hemos dejado de lado aquellas obras que apenas si fueron percibidas fugazmente por sus contemporáneos, sin dejar huella alguna en la tradición literaria, como *La cruz de la falta* (1883) de Carlos María Ocantos, *Días Amargos* (1887) de Santiago Vaca Guzmán, las dos novelas cortas que Paul Groussac escribió para el folletín de *Sud América* en 1885, *El hogar desierto* y *Bajo la máscara*, recopiladas en libro recién en 1922 y las dos primeras novelas de Segundo I. Villafañe, *Don Lino Velázquez* (1886) y *Emilio Love* (1888). A la inversa, completan el corpus *Juvenilia* (1884) de Miguel Cané y los tres capítulos de la novela que este autor dejó inconclusa, publicados luego en el volumen *Prosa ligera* (1893).

Salvo *Fruto Vedado* (1884) y *Ley social* (1885), todas las novelas seleccionadas han contado con ediciones posteriores, lo que indica que éste ha sido en líneas generales el corpus que fue consagrado en la tradición literaria como el de las primeras novelas modernas de la alta cultura o las novelas de los patricios del ochenta.

La emergencia de la novela culta en Argentina tiene lugar cuando la consolidación definitiva del Estado liberal garantiza cierta estabilidad

institucional que propicia el surgimiento de un público que, a pesar de su dimensión estrecha, es capaz de acoger las nuevas manifestaciones literarias. La aparición de novelas orientadas hacia la representación crítica del presente puede entenderse en relación con los profundos cambios promovidos por la modernización que hacen de la sociedad un objeto problemático. Si se piensa en estrecha conexión con la prensa política, este proceso permite reconocer un espacio de representación de los nuevos hábitos de la elite social en una serie de desplazamientos que van de los diarios a las novelas. Y distinguir también, en ese deslizamiento, un proceso de refuncionalización de modelos narrativos consagrados del periodismo como la sátira política, el artículo de costumbres y las cartas de viajeros, que se organizan de acuerdo con el nuevo principio formal que impone la novela.

El propósito de este trabajo consiste entonces en estudiar la novela en el periódico como parte de un proceso complejo de formación de opinión pública y de construcción de imaginarios sociales, en el cual el género novelesco despliega un espacio de crítica de la sociedad y, a la vez, de representación de los conflictos reales.

Realizar un estudio de la emergencia de la variante culta de la novela en Argentina, atendiendo a las mediaciones ejercidas por un tipo de prensa que todavía exhibe numerosas muestras de subordinación al sistema político, constituye una tarea pendiente para la crítica especializada. Entender las múltiples conexiones entre el periodismo, el género novelístico y las novedosas formas de vida de la elite social en una ciudad que se va modernizando con rapidez, así como también los numerosos préstamos, solapamientos y deslizamientos entre la cultura alta y la popular, no resulta una tarea lateral a la hora de dar cuenta del surgimiento de la novela en la década de 1880.

La discusión de estas problemáticas implica una labor que va desde la minuciosa reconstrucción del contexto de la prensa periódica hasta el análisis de los textos novelísticos. En el capítulo 1, luego de registrar la expansión y diversificación del público lector, nos proponemos describir y analizar el desarrollo de la prensa periódica como el punto de encuentro de prácticas discursivas provenientes de espacios culturales divergentes, en tanto factores que impulsaron la emergencia de novelas y novelistas. Asimismo, haremos una revisión detallada y sistemática de las reseñas sobre los textos novelísticos publicadas en los diarios de entonces, algunas de las cuales han permanecido curiosamente ignoradas hasta el momento. Estas notas

periodísticas cobran importancia porque constituyen el paso inicial para la canonización de los textos en la tradición literaria nacional. En el capítulo 2 indagaremos las estrategias retóricas de la prensa política en general y del diario *Sud América* en particular y, a su vez, las relaciones de las novelas aparecidas en el folletín de este diario con el resto de las secciones. En el capítulo 3 abordaremos las tensiones existentes entre la representación de la actualidad de una ciudad cambiante y sus efectos en los nuevos hábitos de sociabilidad de la elite patricia, las relaciones de la prensa con el público lector y la emergencia de la novela. Finalmente, en el capítulo 4 analizaremos representaciones de escritores, lectores y bibliotecas, escenas de lectura y escritura, en donde se articulan problemáticas culturales y políticas tales como la nacionalización de los públicos lectores, el vínculo de los hombres de letras con el poder político y el papel de la cultura impresa en el proceso de modernización impulsado por el Estado liberal, que constituyen en su conjunto el contexto de enunciación de la formación del género novelístico en nuestro país.

(...) La emergencia de la novela culta en Argentina tiene lugar cuando la consolidación definitiva del Estado liberal garantiza cierta estabilidad institucional que propicia el surgimiento de un público que, a pesar de su dimensión estrecha, es capaz de acoger las nuevas manifestaciones literarias. La aparición de novelas orientadas hacia la representación crítica del presente puede entenderse en relación con los profundos cambios promovidos por la modernización que hacen de la sociedad un objeto problemático. Si se piensa en estrecha conexión con la prensa política, este proceso permite reconocer un espacio de representación de los nuevos hábitos de la elite social en una serie de desplazamientos que van de los diarios a las novelas. Y distinguir también, en ese deslizamiento, un proceso de refuncionalización de modelos narrativos consagrados del periodismo como la sátira política, el artículo de costumbres y las cartas de viajeros, que se organizan de acuerdo con el nuevo principio formal que impone la novela.

F.E